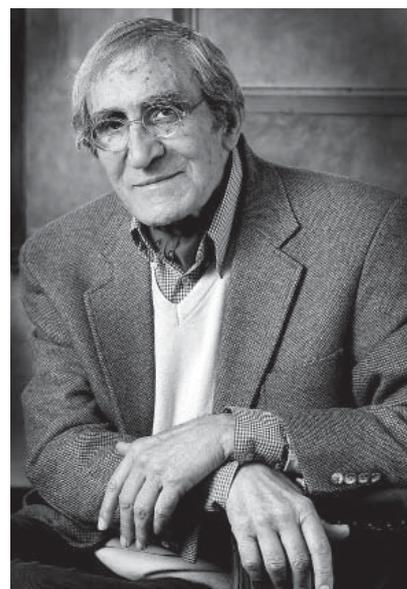


ENNIO MOLTEDO: RADIOGRAFÍA DE UN HABITAR

I. Las ciudades de un poeta

Por Felipe Acuña

El habitar en la poesía de Ennio Moltedo es el de un agudo observador que contempla el cambio urbanístico que ha acaecido en la exciudad jardín, devenida cada vez más en cubos de cemento. Para entender esa observación de parte de Moltedo, debemos, primero, hacer un poco de historia. Es así que la división geográfica/espacial entre el sur y el norte de Viña del Mar la configura el estero Marga Marga, donde el sur fue el lugar trazado histórico/fundacional a mediados del siglo XIX. Aquí nace la ciudad al alero del ferrocarril y se desarrolla como un polo industrial desde finales del siglo XIX hasta buena parte de la mitad del siglo XX. Esto posibilitó un desarrollo económico y empresarial que, junto al surgimiento de una clase trabajadora viñamarina, modernizó la ciudad, haciendo convivir al interior de ella a otras ciudades tales como la industrial y la residencial. Ennio Moltedo como poeta y ciudadano es testigo y partícipe de ese proceso modernizador durante los cuatro decenios en que distintos gobiernos (1940-1970), permitieron dar soluciones a la vivienda social y a la protección de la clase asalariada. Va a ser el golpe militar del 73 el que romperá este concepto comunitario de país y de ciudad, por uno de corte administrativo de carácter empresarial. Ya en los inicios de los años 80 el historiador Mario Góngora anticipaba en su *Ensayo sobre la noción del Estado en Chile* lo que iba a producir la tecnocracia de los “chicago boys”, representantes de un tipo de sociedad enfocada a la rentabilidad y la especulación bursátil. Bajo esas coordenadas Moltedo será un poeta crítico que, sobre todo, en sus dos últimos libros, *La Noche* y *Las Cosas Nuevas*, hará extensivo el análisis desde la poesía de ese deterioro de los lazos afectivos y políticos de este habitar la ciudad a escala humana, donde lo urbano ya no corresponde a conceptos ciudadanos, sino a ciudadanos consumidores. Las *ciudades inclusivas* versus las *ciudades administrativas* será el foco de tensión que pone Moltedo a la hora de poetizar críticamente la imposición de un tipo de ciudad heredada de la dictadura.



Francisco Mouat



En diciembre de 2011 publica *Las Cosas Nuevas* por ediciones Altazor. Esta fue la última entrega poética antes de morir al año siguiente. Esos poemas son pliegues que se superponen unos a otros y que permiten ser leídos como una radiografía histórica y política tanto de Viña del Mar como de Valparaíso y por donde transitaba este paseante o flaneur, crítico del devenir de estas ciudades. Para el poeta y ensayista Sergio Holas esos poemas son como rizomas temáticos que despliegan poemas que derivan en otros poemas. Así, por ejemplo “la espera del amor”, “crimen como deporte”, “saquear”, “centro es la autoridad”, entre otros muchos. Con ello quiero decir que el lugar de Moltedo es la advertencia del cuidado de la *ciudad interna* (la civitas) y la *ciudad exterior* (polis), en relación a la experiencia histórica y espacial, secuestrada por la “sociedad del espectáculo” (Debord), y el devenir posmoderno del sujeto, sumido en la ligereza racional del mundo global.

El otro antecedente que permite redondear este abordaje que Moltedo efectúa de la ciudad son las entrevistas reunidas en el libro *Café invierno* (Ediciones Vertiente, 2007), que le hizo el académico y poeta Luis Figueroa. Estas conversaciones permiten conocer el pensamiento político y autoral de Moltedo, tanto en sus referencias culturales como biográficas. En estas entrevistas es recurrente vincular la poesía con la política, para pensar en libertad; esto quiere decir que la propuesta del poeta viñamarino es que el artista debe hablar con la verdad sin concesiones, lo mismo debe hacer el político para la buena administración de las ciudades.

El poeta tiene que ser un observador, tiene que penetrar su medio a través de la poesía, pero al momento de cristalizarla, al momento de realizarla, tiene que aislarse. Hay una distancia necesaria según el momento, las circunstancias y ante el desafío que el mismo escritor o artista se ha propuesto. Hay otros que no se proponen tales metas. La meta no es una condición absoluta, pero sería la condición ideal de quien en realidad quiere ser honesto y auténtico. (Moltedo, *Café Invierno*).

Por otro lado en el libro *La Noche*, Moltedo explora los intersticios del Chile neoliberal. En este poemario la ciudad vivida por el poeta, la ciudad de los años de infancia, juventud y adultez, que se extiende desde los años 40 hasta el derrumbe democrático de los 70, ya no existirá para la posteridad: asistimos al cambio urbanístico de los tragamonedas que van socavando el casco histórico viñamarino. Aunque es posible recoger el testimonio de María Luisa Bombal quien decía en los años 60 que la ciudad ya no la reconocía calificándola como una “novia muerta”. La ciudad de la contemplación y la comunidad ahora era demolida por la ciudad administrada por la tecnocracia.

En *La línea azul*, libro póstumo de 2014, Moltedo da cuenta de las dos ciudades y de su habitar, como si fueran la extensión de una sola unida por el mar y el metro tren. Los recuerdos de infancia son la primera patria del poeta. Así, en un recorrido que va desde *Cuidadores* (1959), hasta *Concreto Azul* (1967), apreciamos la densidad de la experiencia de la

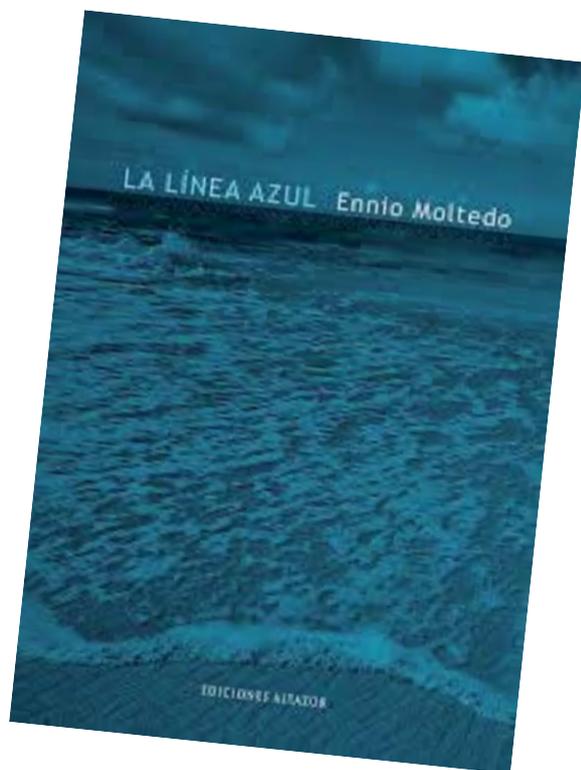
infancia como memoria, la vivencia, el lugar, los objetos, las personas. Ismael Gavilán le llamará a esta primera etapa “la primera mirada” cuyo esfuerzo es dar al poema la primicia inicial con asombro y entusiasmo. Un segundo instante comprenderá un giro de intenciones. *Mi tiempo* (1980) hasta la publicación de *La Noche* (1999), donde se aprecia el “*desencanto como imposibilidad de lo lírico*”. Los textos breves de Moltedo (*La línea azul*) son frescos biográficos que tienen la particularidad de recordarnos cómo era la sociabilidad literaria de estas dos ciudades. Moltedo evoca el Viña del Mar de los paseos por la avenida Marina, distrayéndose en los colores del mar, observando el alboroto de las aves marinas en los roqueríos del Cap Ducal. Imaginamos a un contemplativo que va reuniendo esas experiencias sensoriales, un paseante que se pierde en la ciudad, o en las dos ciudades y que las rememora significativamente; es decir, en lo emblemático de la experiencia que es el detalle, en otros términos, la escena subjetiva de las imágenes que recuerda. En *La línea azul* somos lectores de aquellos artistas, escritores y arquitectos que le dieron vida cultural a las ciudades, muchos de ellos ya fallecidos: Juan Luis Martínez, Hugo Zamb-

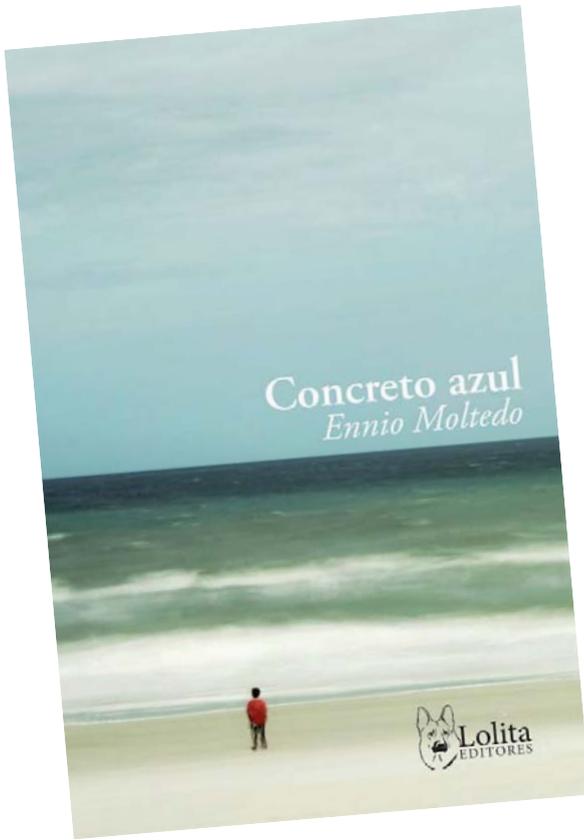
lli, María Luisa Bombal, Osvaldo Rodríguez, Carlos León, en un largo desfile de personajes. Todos ellos aparecen como protagonistas de ese tiempo histórico, político y cultural. La ciudad de Moltedo es la polis del encuentro en comunidad, de la conversación libre, del divagar y el ocio como práctica común y colectiva.

II. Las ciudades de la tecnocracia

En las actuales condiciones de nuestras vidas modernas, el valor de la comunidad como sentido unificador y diverso ya no es vinculante. La ciudad agustiniana es reemplazada por las ciudades de los administradores del bien común, la globalización económica pone en conflicto lo particular versus lo global. Lo gerencial es la nueva manera de la sociabilidad hedonista, cuyo narcisismo tecnológico cobra un protagonismo mediático en las relaciones humanas. A Moltedo esa ciudad de la tecnocracia le desagrada, porque la pone al nivel de las ciudades del consumo. Es un lugar al cual no pertenece, y que denuncia en sus poemas pliegues de *Las Cosas Nuevas* y en *La Noche*. La belleza de lo poético en Moltedo está en el margen, en lo que pasa de frente y no vemos, porque tal vez el “desierto avanza desafortadamente”. Pensemos en que lo utilitario es una belleza vacua, narcisa, donde lo político no es inclusivo, sino de un accionar poco ético. Lo advierte el poeta desde su crítica a la institución cívica y militar sustentada en la constitución de 1980.

La belleza es enfermedad en la sociedad del consumo capitalista. Byung-Chul Han, en *La salvación de lo bello*, lo describe como la belleza de lo pornográfico, donde no hay alteridad, donde el otro pareciera no existir. Todo es visualidad positiva e higienizada. La poesía de Moltedo va en poetizar el espacio, aceptando la *herida*, lo que incomoda. No se complace en la mera nostalgia, sino que interroga y analiza desde el lenguaje sensitivo, no develando el misterio. No se somete a las obviedades del consumo de las ciudades bellas, donde todo es filmado como en un set cinematográfico, con actores que representan un simulacro. La cosmética de las ciudades se vende a la visualidad del turismo de la inmediatez.





Aprovechando la poca luz de la ciudad y las costumbres de un país concesionado, aquí, en Atenea, bajo la frente de Bello (104, *Las Cosas Nuevas*).

El habitar poético, entonces, es colocar al ser humano en su esencia misma que es reconocerse en la patria, en el hogar, en la identidad. Es lo contrario al hombre apátrida, “al hombre subyugado por la conquista del planeta y por la expansión del espacio cósmico”, dirá Hugo Mujica, en *La palabra inicial*. El ensayista y poeta argentino hace referencia a ese hombre constructor de sentido. La poesía de Molledo va en esa dirección porque nos muestra un tipo de ciudad más humana, donde edificar es habitar, y, donde habitar es cuidar, preservar, labrar el presente, poniendo a discusión las ciudades tecnocráticas. Éstas serían ciudades donde el vecindario tiende a la separación y al aislamiento. En definitiva ese desarraigo que ejemplifica Molledo en *La Noche*, *Las Cosas Nuevas* y en *La línea azul*, es intentar volver a pensar la ciudad creativamente, desde lo humano. Heideg-

ger dirá que el habitar sin planificación es olvidar la cultura, la historia, a menos que dejemos de ser productores del consumo de ese habitar. Esto que nos anuncia el poeta lo vivimos contemporáneamente donde los lugares de encuentro están desaparecidos en esta vorágine de la rentabilidad por sobre los valores morales y estéticos.

Lo que admiramos de la poesía de Ennio Molledo es su tono reposado, su retorno tranquilo a casa. La gozosa poesía del poeta viñamarino permite pensar en la espera sin objetivos, sin los mandamientos de los cálculos. Es un poetizar también optimista, desde la humildad del mendigo que se conforma con lo necesario para vivir. Es la celebración de la vida. La esencia originaria es la dicha de la cercanía al hogar. Heidegger anunciará, entonces, que la “dicha de la poesía significa estar en la dicha que preserva en palabras el misterio de la cercanía con lo dichoso”.

III. El hogar y la memoria

¿Dónde queda el hogar cuando se destruye? Al igual que las ciudades del desencuentro de Molledo, se interroga al presente. El lugar donde estuvimos ya no está y eso nos desconcierta. Es una desorientación que lleva un tiempo asumir cuando un paraje de encuentro desaparece. Antes fue la estación de trenes de Recreo y posteriormente su piscina. Luego vino la desaparición de la piscina de 8 Norte. Después el cierre de los cines Olimpo y Rex, un poco después el café Cinema. Años más tarde el fin de librería Altazor a donde el poeta llegaba como a su casa y que fue casa de todos quienes sentíamos este domicilio público y privado. Un verdadero refugio para la memoria que durante más de tres decenios (1982-2016) a muchos nos cobijó. Sin duda todos esos espacios nos educaron en la informalidad de las conversaciones, en los vínculos transversales, en las lecturas de libros, en diversos instantes de ocio. Por otro lado, para todos/as aquellos/as que se formaron literariamente en Altazor, la memoria se hace partícipe para darnos cuenta que nuestra juventud pasó allí, entre música de jazz, conciertos de rock noventero y las citas al café Cinema, esperando, mientras leíamos un buen libro, la función de las siete antes de ingresar a la sala del cine Arte. El rito de ese paso diario por Altazor ahora queda en la ficción de ese



recuerdo que se reconstruye en la evocación. Desde ahí se arma esa identidad perdida, esa dispersión de la sociabilidad literaria que a tantos reunía. El ser humano es de arraigo a los ritos domésticos y cívicos. Ennio Moltedo protagonista esencial en esa identidad geográfica, simbólica y espacial era parte de un territorio íntimo y sagrado. Sabemos que por la librería Altazor pasó la tradición y la vanguardia de la mejor poesía de la Región en los años 80 y 90. Así, Moltedo le escribe a su editor, Patricio González, el poema 35 (*Las Cosas Nuevas*):

El verano, el mar y el paseo de la niña bajo el viento son imágenes que se agrandan cada día en nuestros ojos y que guardamos en las páginas de los libros a pesar del enojo de los enemigos del espíritu: el príncipe, el bandido y el enano. Viajes inmóviles a través de la lectura y paisajes que ceden al paso para descubrirnos horizontes y una realidad nunca vista...

Esas identidades colectivas reunieron a una comunidad de lectores, juntaron a lectores del poeta desde la cercanía y la distancia. Veámos al caballero antiguo, sobrio, de fina elegancia para nada ostentosa, de brazos largos y lentes grue-

sos, dando recorridos por las dos ciudades. De aquella forma, la imagen de la ciudad es la articulación de la memoria en la poesía de Ennio Moltedo: una memoria imaginativa, esencial, emotiva, meditativa. Lo leemos porque nos sentimos menos solos, más humanos, en tiempos de apatía y desconfianza donde se nos permite imaginar una ciudad.

Para concluir estas líneas no puedo sustraerme de la contingencia al escribir en este tiempo de cuarentena. Me pregunto si la experiencia del confinamiento será paliativo para valorar nuestro hogar, nuestra cosmología; el sentido de la pertenencia a un espacio. Pasada la crisis tal vez dejaremos de postergar aquellas actividades que por tiempo, miedo e incluso cobardía hemos dejado de hacer. Esta interrogante podría ser una salida, y una espera, como en el poema 2 de *Las Cosas Nuevas*:

Esperarte en el café es igual a esperar sobre las arenas del desierto. Ejemplo: no saber por dónde aparecerás tú o la luna. Leer o fumar para convencernos que los espejismos no nos preocupan... wd